

Actores, dinámicas y espacios de acción política en el Perú contemporáneo

Carmen Ilizarbe Pizarro

Introducción

El objetivo de este documento es desarrollar una lectura analítica del contexto social y político que permita identificar los actores y dinámicas más relevantes en el complejo proceso de construcción de la democracia en el Perú de inicios del siglo XXI. Se busca generar argumentos y evidencias que den cuenta de los tendencias más importantes y acercarse a las nuevas formas de comprender y hacer política, particularmente entre las y los jóvenes.

El texto se elabora a pedido de la Coordinadora Nacional de Derechos Humanos (CNDDHH) y busca contribuir a definir sus prioridades y líneas de acción en los próximos años.

Se organiza en cinco partes: la primera discute cuestiones previas y el enfoque analítico. La segunda plantea escenarios y tendencias en la construcción y defensa de la democracia, así como la recuperación del espacio para la participación política. La tercera explora el vínculo entre instituciones políticas y actores sociales politizados, y su repercusión en la ampliación del espacio público-político. La cuarta discute las relaciones entre los actores sociales politizados, los derechos humanos y su contribución al cambio. Finalmente, algunas recomendaciones generales que orienten las prioridades del trabajo de la CNDDHH.

1. Cuestiones Previas

El análisis exige explicitar el enfoque que se adopta y describir mínimamente las coordenadas del momento actual.

En cuanto al enfoque, se asume como objetivo de fondo la consolidación de la institucionalidad democrática, en concordancia con la misión de la CNDDHH¹. El análisis se desarrolla considerando las posibilidades y obstáculos para profundizar la democracia. Esta puede parecer una afirmación obvia pero no lo es si tomamos en cuenta que la democracia representativa (fuertemente influenciada por el modelo liberal) y la propia idea de representación están en crisis en el mundo. Esto no significa necesariamente el fin de la democracia pero sí la crisis de una forma particular, histórica y hegemónica durante el siglo XX que ha privilegiado una forma específica de comprensión de los derechos, del sujeto político y de la propia dinámica política².

Varios autores hablan hoy en día de procesos de reversión de la democracia (post-democracia, des-democratización) en los que las instituciones son como cascarones que han perdido su sentido y su orientación democrática. Varios coinciden en señalar que se mantienen las formas democráticas pero no la sustancia democrática³.

¹ La misión de la CNDDHH es “Fomentar en el país una cultura de derechos humanos integrales y paz, poner en la agenda pública problemáticas y propuestas de solución en materia de derechos humanos, y trabajar por la consolidación de la institucionalidad democrática.” Ver <http://derechoshumanos.pe/coordinadora-nacional-de-derechos-humanos/>

² El liberalismo asume que el sujeto de derecho es el individuo y tiene prioridad por sobre lo comunal y social, que la racionalidad instrumental es su característica definitiva y universal, que la libertad y la equidad (no la igualdad) son valores prioritarios, y que la desigualdad social es consustancial y beneficiosa para la sociedad.

³ Ver por ejemplo los trabajos de Charles Tilly (2003) sobre des-democratización y crecimiento de la desigualdad, Saskia Sassen (2015) sobre los procesos de expulsión del sistema democrático, Boaventura de Sousa (2004) sobre la crisis de la democracia representativa y las posibilidades de la democracia participativa, Pierre Rosanvallon (2012) sobre la crisis de la idea de igualdad, o Colin Crouch (2012) sobre la post-democracia y el vaciamiento de sentido y orientación democrática de las instituciones más importantes del sistema político.

Una primera reflexión debe conducirnos a considerar las particularidades de esta situación crítica y sus posibles alternativas de profundización y transformación de la democracia como ideal normativo. ¿Es posible re-democratizar la democracia? ¿Bajo qué condiciones, con quiénes y cómo? ¿Qué posibilidades de profundizar la democracia ofrece la situación crítica actual? ¿Cuáles son los obstáculos principales? ¿Cómo se construye democracia desde la participación en los movimientos sociales?

De otro lado, las coordenadas que permiten describir el momento actual son tres: la coyuntura, el contexto y el tiempo histórico. Estas tres dimensiones espacio-temporales nos permitirán entender que hay factores estructurales y procesos de largo aliento, así como elementos coyunturales y específicos de nuestra historia que ayudan a explicar las características de la situación actual.

1.1. El tiempo histórico

El tiempo histórico es nuestra época, caracterizada por las formas de organización social, económica y política a nivel global. Nuestra época se inicia después de la segunda guerra mundial con la consolidación de un orden internacional basado en el estado-nación como unidad política, y con el auge y la expansión global de la democracia liberal y el capitalismo. Hoy **el sistema inter-nacional está en crisis ante la emergencia de actores supra-nacionales y trans-nacionales** (corporaciones internacionales, organizaciones no gubernamentales transnacionales, cárteles, entre otros) cuyas interacciones definen un nuevo espacio de acción (el ámbito global en el que no hay ley ni autoridades universales), y priorizan ciertas formas de relación (intercambios económicos). Los estados-nacionales han perdido fuerza y autonomía: en muchos casos no tienen el monopolio de la fuerza, ven erosionados sus límites territoriales, y sus decisiones son puestas en cuestión tanto por actores internos como externos. Es claro que transitamos por **un largo ciclo de precarización**

institucional, aparejado con procesos de movilización y turbulencia social fuertes que es necesario descifrar.

La decadencia de la democracia liberal ha sido vinculada por varios autores al auge del neoliberalismo. Wendy Brown señala, retomando el trabajo de Michel Foucault sobre la gubernamentalidad (2006), que **el neoliberalismo es ante todo una forma particular de razonamiento que reconfigura todos los aspectos de la vida en términos económicos**. La razón neoliberal se habría extendido a todas las dimensiones de la vida en sociedad reconfigurando incluso al propio sujeto y sus sensibilidades y minando los valores e instituciones fundamentales de la democracia. El neoliberalismo ha ido deshaciendo tanto las instituciones democráticas como el sujeto político de la democracia para transformarlos en instancias funcionales y subordinadas al desarrollo del capitalismo.

La racionalidad gubernamental se ha abocado a modelar la sociedad en términos mercantiles y a construir a los actores sociales como *homo economicus* (Brown 2015, 17 - 35). Así, el neoliberalismo no debe ser entendido solamente como un programa económico sino principalmente como una racionalidad e incluso una antropología particular que socava los fundamentos del liberalismo y reinventa la comprensión del sujeto y de la propia sociedad al darle prioridad a las libertades económicas por encima de las libertades políticas, a lo privado por sobre lo público, y a la competencia por sobre la cooperación (Escalante 2016).

Desde este punto de vista todos somos sujetos del neoliberalismo, formados en su racionalidad y sujetos a su exigente dinámica que se impone cotidianamente sobre los individuos precarizando sus vidas y ralentizando sus expectativas, desarticulando formas comunales y colectivas de existencia. Incluso si echamos un vistazo al desarrollo de lo que se ha venido a llamar “izquierda” en América Latina y a las características del llamado “giro a la izquierda” representado por los gobiernos de Venezuela, Bolivia, Ecuador, Brasil, Uruguay y Argentina en la

primera década del siglo XXI (Cameron and Hershberg 2010) podemos convenir en que se trata de proyectos políticos inscritos que llegan al poder por la vía electoral, lo que en sí mismo representa un cambio importante en relación a los proyectos revolucionarios del siglo XX (Castañeda y Morales 2010), pero que sin embargo **no han podido desarrollar una alternativa significativa al neoliberalismo se ha expandido en la región**; en la práctica los gobiernos de izquierda han desarrollado un discurso progresista que fortalece el rol del estado como agente redistributivo que busca reducir las desigualdades económicas y sociales, pero están inscritos en la lógica neo-extractivista del capitalismo del siglo XXI (Gudynas 2009, Coronil 2011). No han sido capaces de forjar un sistema económico y productivo alternativo, ejerciendo liderazgos populistas que han hecho poco por democratizar el ejercicio del poder.

Sin embargo, existe también una reacción a la avanzada neoliberal que ha ido creciendo y expandiéndose a nivel global luego de la crisis financiera del 2008 en los países del norte. El impacto social y político de la crisis financiera ha sido el detonante para **la politización de la sociedad y la reconstitución de sujetos colectivos** que también actúan a nivel global y buscan defenderse, socavar y hasta desterrar a los gobiernos funcionales al neoliberalismo. Las olas de protestas en lugares tan disímiles como Argentina, Grecia, Inglaterra, Estados Unidos o España, visibilizan la capacidad de respuesta de actores sociales que irrumpen en el espacio político como un contra-poder intentando darle nuevo rumbo a los gobiernos (Castells 2012). Sin embargo, no hay que perder de vista que hasta el momento la sociedad politizada se constituye sobre todo como una fuerza para la resistencia desarticulada que logra desestabilizar la gubernamentalidad (racionalidad de gobierno) neoliberal pero difícilmente derrocarla (Gago 2015).

1.2. El contexto

El contexto es el escenario nacional, marcado aun por las características y consecuencias del proceso de transición democrática iniciado el 2000. Si bien la transición permitió un cambio de régimen (de autoritarismo con visos de dictadura a democracia electoral) es importante resaltar la continuidad del modelo neoliberal. Las características particulares del Perú en las dos últimas décadas del siglo XX (conflicto armado interno, crisis económica y colapso del sistema de partidos) facilitaron la instauración del gobierno autoritario, corrupto y neopopulista⁴ de Alberto Fujimori que implementó cambios importantes en la relación entre el Estado y la ciudadanía cooptando sus organizaciones sociales, centralizando el poder en el nivel más alto del poder ejecutivo e iniciando una serie de recortes importantes a los de derechos sociales, económicos y políticos de la ciudadanía (Crabtree 2000, Cotler y Grompone 2001, Degregori 2001, Pease 2003, Rousseau 2012).

El neoliberalismo fue institucionalizado estructuralmente a través del cambio Constitucional y la reforma del Estado, en el contexto de un conflicto armado interno en el que la figura de SL y el extremismo de izquierda ayudaron a legitimar e invisibilizar el discurso neoliberal. El proceso de democratización iniciado el 2000 fue impulsado por un movimiento ciudadano popular que permitió recuperar la democracia electoral, pero el cambio de régimen no alteró el despliegue del modelo, por el contrario, los sucesivos gobiernos elegidos democráticamente se han encargado (independientemente de sus promesas y programas de derecha o izquierda) de asegurar la continuidad del modelo planteando que el objetivo fundamental del Estado es asegurar el crecimiento económico, la competitividad internacional y las inversiones extranjeras. La

⁴ El neopopulismo se entiende como una forma particular de populismo asociada al proyecto neoliberal. Como el populismo se trata de un liderazgo personalista que apela a las emociones para generar identificación total entre el/la líder y la gente, de tal forma que el líder sustituye o le da cuerpo al "pueblo". A diferencia del populismo, tradicionalmente asociado a proyectos políticos de izquierda, el liderazgo neopopulista resulta funcional al neoliberalismo a través de la interacción directa con individuos y no grupos, colectivos o partidos, a los que se va despojando progresivamente de bienes y derechos. Una buena compilación de las discusiones al respecto se encuentra en el trabajo de Stephanie Rousseau (2012) y en el de Carlos de la Torre (2007).

primera característica a resaltar es **la sinergia entre la democracia electoral que se deshace del objetivo de la representación y se subordina a las exigencias del neoliberalismo**. El neoliberalismo se ha consolidado como el contexto de sentido que privilegia la atomización, el individualismo y la competencia, acentuando dinámicas que minaron el tejido social y político del país en las dos últimas décadas del S. XX (conflicto armado interno, crisis económica, crisis del sistema de partidos). Hoy en día es difícil generar organización a nivel social pero también político. Los partidos ya no existen, solamente organizaciones que circunstancialmente establecen alianzas para competir por puestos y cargos en las elecciones. Los conceptos de bien común y ciudadanía están cada vez más ausentes del imaginario y del propio discurso de los políticos, el Estado y los medios de comunicación. Los nuevos sujetos son beneficiarios, pobladores, vecinos o consumidores.

Pero el “fetichismo de los resultados económicos” que instituye una jerarquía de valores de acuerdo a la cual “las personas deben ajustarse a las cosas” (Gonzáles de Olarte 1998: 26) que ha producido resultados importantes a nivel macroeconómico (Francke 2010) no ha ido parejo con la reducción de la inequidad y la exclusión (Trivelli y Wistanley 2014: 15). No han habido políticas públicas de peso para la generación de empleo, la consolidación de industrias nacionales, la diversificación productiva y el fortalecimiento de otras actividades productivas como la pesca, el turismo o la agricultura. Tampoco se ha invertido significativamente en mejorar y ampliar servicios básicos como educación, salud o vivienda. El dinero obtenido no ha sido redistribuido en el gasto social. Todo esto ha generado insatisfacción, descontento y una oposición social sostenida principalmente desde las calles, un proceso de **politización de la sociedad** formada por los excluidos y excluidas de los procesos de toma de decisiones que, a falta de canales de representación política, asume desde las calles y los márgenes del poder el inmenso reto de la **auto-representación por la vía del ejercicio colectivo de la ciudadanía**. Como la transición democrática fue también producto del reclamo desde la calle por el ensanchamiento del espacio

político, resulta que se trata de reclamos ciudadanos que quieren redefinir desde sus particulares visiones el contenido de la justicia (Ilizarbe 2013, 2016). Las protestas son una reacción a la indolencia del Estado con el que se reconstruye una relación de profunda desconfianza y antagonismo radical. El Estado responde cada vez más con un discurso y prácticas autoritarias y deshumanizadoras, en las que frecuentemente se acusa a quienes protestan de ser terroristas y anti-sistema que atentan contra el progreso y el desarrollo del país. Sobre la base de este discurso, los sucesivos gobiernos democráticamente elegidos han ido endureciendo su respuesta cada vez más represiva y violenta en el contexto de estados de emergencia que se usan como excusa para las violaciones de derechos fundamentales y al debido proceso, han criminalizado la protesta y han legislado a favor de la impunidad de las FFAA y policiales cuando asesinan personas en las protestas⁵.

1.3. La coyuntura

La coyuntura es la circunstancia inmediata, en este caso el gobierno de Pedro Pablo Kuczynski que acaba de iniciarse. Las elecciones del 2016 han tenido una similitud importante con las del 2011: el factor determinante fue el antifujimorismo. En la elección anterior Keiko Fujimori perdió las elecciones contra Ollanta Humala y su agenda de izquierda moderada; este año perdió contra Kuczynski y su agenda de derecha tecnocrática. En ambos casos, para quienes determinaron la elección, los elementos ideológico-programáticos fueron hechos a un lado para traer al centro de la discusión un asunto fundamental: la defensa de la continuidad de las formas elementales de democracia. A pesar de la derrota del fujimorismo estas elecciones dejan en claro su fuerza electoral, aunque no sepamos bien cuál es la racionalidad, expectativas y sensibilidad de

⁵ Sobre las cifras durante el gobierno de Ollanta Humala ver: <http://elcomercio.pe/politica/actualidad/conflictos-sociales-peru-han-dejado-63-muertos-desde-2011-noticia-1814758> Respecto a los gobiernos anteriores ver: <http://derechoshumanos.pe/2013/07/protestas-muertes-ausencia-de-politicas/>, y <http://elcomercio.pe/politica/1260138/noticia-gobierno-alan-garcia-hubo-191-muertos-conflictos-sociales>

sus votantes. Asimismo, el fujimorismo ha demostrado que tiene capacidad de influencia en instituciones políticas y sociales que inclinan la balanza en su favor. La campaña mostró que el fujimorismo se ha renovado generacionalmente pero no ha cambiado su orientación criminal ni sus estrategias clientelares, más bien les ha dado continuidad. De otro lado, en todo este tiempo no se han consolidado organizaciones políticas democráticas que puedan ser alternativas electorales importantes al fujimorismo. Todo esto es sintomático de la pobreza de nuestra democracia. Dieciséis años después de la Marcha de los Cuatro Suyos –la primera movilización masivamente articulada contra el fujimorismo- la calle ha sido nuevamente el escenario principal para la articulación de una oposición social y política a la continuidad del fujimorismo.

El nuevo gobierno enfrenta varios retos de envergadura: no tiene partido, no tiene apoyo social, tiene en el fujimorismo una oposición obstruccionista, en un contexto de alta y persistente conflictividad social principalmente en torno al control del territorio, incurso en un proceso de desaceleración económica por la baja de los precios de los metales. Parecía que el gobierno tenía un equipo de tecnócratas a su disposición pero luego de que permitiera la censura del Ministro de Educación esta impresión debe ser matizada. El apoyo del empresariado y los medios de comunicación se mantendrán en la medida en que no se aparte del modelo económico. La cesura a Saavedra ha sido reveladora de las opciones que ha ido tomando el gobierno. Se acerca al Fujimorismo para tratar de llevar la fiesta en paz, pero se aleja de la gente. La defensa del ministro mostró también que la gente tiene capacidad de respuesta, que entiende de asuntos complejos y que ha adquirido herramientas de crítica política. De la misma forma el conflicto por el cobro del peaje en Puente Piedra revela una capacidad de respuesta rápida y consciente, lamentablemente ignorada y reprimida con violencia por el gobierno central y local. En el Perú la derecha ha gobernado sin ser elegida desde 1990, imponiendo verticalmente y muchas veces con violencia desmedida desde el Estado decisiones que en democracia debieran ser debatibles. Esta es la primera vez que la derecha logra llegar al

poder, aunque sea como mal menor. El reto y el reclamo mayor para este gobierno será gobernar para el conjunto de la ciudadanía y no solo para el crecimiento económico, de manera transparente y no solo eficiente, prestando atención a los reclamos, demandas y propuestas de los muy variados grupos que componen nuestra sociedad y no solo las élites, de quienes votaron por él y también de quienes no lo hicieron.

2. Escenarios y espacios para la acción política

¿Cómo caracterizar el escenario socio-político en el momento actual? ¿Cuál es el rol de la ciudadanía en la defensa y/o recuperación del espacio para la participación pública y sobre todo ciudadana en el Perú actual? ¿Cuáles son los escenarios y sus tendencias en la defensa y/o recuperación del espacio para la participación pública?

He afirmado que la democracia peruana es una democracia electoral que promueve la des-ciudadanización a través del recorte de derechos adquiridos antes que la participación activa de la ciudadanía. Enfrentamos un proceso sostenido de recorte de derechos ciudadanos que van haciendo retroceder casi imperceptiblemente la agenda de reivindicaciones ciudadanas. Un ejemplo notable es el de las reivindicación del derecho al aborto por parte del movimiento feminista: En los años 70 las demandas por derechos sexuales y reproductivos incluían el reclamo por el derecho al aborto en general y no solo en casos puntuales (Vargas 2008, 51 – 53); hoy en día parece bastante más difícil articular la demanda por el aborto excepto en casos de violación o riesgo de muerte para la madre. En el mismo sentido es importante recalcar la persistencia de prácticas des-humanizadoras en relación a grupos específicos de la sociedad: las mujeres andinas y amazónicas esterilizadas masivamente; o la población LGBTIQ sometida a formas de violencia y segregación invisibilizadas y silenciadas social e institucionalmente. La modernización no parece haber alterado de manera sustantiva la lógica estamental que organiza

jerárquicamente la sociedad peruana desde la colonia. Sin querer plantear que “nada ha cambiado” es importante visibilizar la forma en que la sociedad se “ordena” bajo una lógica vertical, excluyente y violenta que reproduce la verticalidad y la segregación.

El Estado no se afirma como una República sino como una empresa administradora de recursos que distribuye entre grupos y sujetos de valor desigual. La ciudadanía por su parte resiste y subvierte las prácticas autoritarias del Estado con los recursos que tiene a su alcance (la movilización social) y desde los márgenes de la política instituida, con lo cual la dinámica preponderante en la escena política actual es la de la lucha antagónica entre actores diversos (sociales, políticos y económicos) que articulan sin sumar y sin construir unidad, voluntades e intereses. Así, la política peruana contemporánea se juega en tres escenarios de distinto tipo: el institucional, el mediático y la calle.

Los procesos electorales son espacios privilegiados para observar estas formas de articulación y los distintos escenarios en los que se definen temas de interés público. Son tiempos de intensa confrontación en los que diversos actores buscan incidir directamente en los resultados. En las recientes elecciones presidenciales se hicieron visibles tres arenas con dinámicas y actores propios orientados a definir los resultados del proceso electoral. La primera fue arena institucional, la segunda la de los medios de comunicación, y la tercera la calle. Las tres fueron espacios para el juego político con jugadores y estrategias distintas; las tres funcionaron como tableros inclinados hacia algún lado y las tres se relacionaban y buscaban influenciarse mutuamente.

En el escenario institucional situamos a las instituciones del Estado y a los partidos políticos. En el contexto electoral el JNE jugó un rol clave definiendo las reglas de juego de manera arbitraria y adoptando formas discrecionales que incidieron directamente en la selección de los competidores. Así, los miembros de la institución electoral inclinaron la cancha en favor de candidatos

representantes del poder establecido, todos ellos (Keiko Fujimori, Alan García y Lourdes Flores, y Pedro Pablo Kuczynski) vinculados directamente con gobiernos recientes, responsables directos del *status quo* neoliberal. Los actores centrales debieron ser los partidos pero no lo fueron; no solo por el peso excesivo del JNE sino también porque en sentido estricto no tenemos partidos en la competencia: tenemos emprendedurismos electoreros, alianzas circunstanciales, asociaciones sin organización ni identidad ni programa que simplemente buscan llegar al poder.

En el escenario de los medios operan a las empresas y corporaciones que administran la información e inciden directamente en la conformación de lo que en nuestro país pasa como agenda pública. Este es el campo de la concentración de medios, de los coros monocordes que abiertamente defienden no solo al mismo conjunto de candidatos sino que buscan imponer también el lenguaje y el tono de la anti-política: los pseudo-debates en formato esto-es-guerra con los que se quiere linchar públicamente a algunos y lavar la cara a otros, mientras se evade cualquier discusión de importancia real. Jamás se hablará en los medios de los financiamientos de las campañas, menos aun de los programas y de los capacidades y trayectorias de l@s candidatos. En esta cancha groseramente inclinada por el peso específico y obeso de la concentración de medios también juegan un rol importante las encuestas y las encuestadoras, proyectando la sensación de que la comunidad política puede de verdad ser retratada desde el concepto de opinión pública. Las encuestas trabajan con tendencias y buscan establecer siempre mayorías claras que proyecten una imagen de estabilidad alrededor de pretendidos “consensos” que se imaginan estables en el tiempo. Las encuestas tienden a oscurecer a las minorías (sectores rurales, por ejemplo) y privilegian la agenda establecida por los medios, formulando una y otra vez preguntas que difícilmente incorporan enfoques disidentes o alternativos a lo que se considera ya “una tendencia clara”. En la cancha inclinada de los medios, la idea de “la opinión pública” ayuda a proyecta la imagen falsamente estable de resultados definidos de

antemano y casi inamovibles (la idea de candidatos con porcentajes significativos que ya no pueden alterarse, por ejemplo).

En el escenario de la calle tenemos grupos diversos de ciudadanos y ciudadanas, organizados y no organizados, ejerciendo directamente su derecho de expresión y de auto-representación. La política de la calle no es una novedad para el Perú: desde fines del s. XX las protestas y manifestaciones han sido la forma privilegiada por la sociedad para hacer frente al vacío de representación luego del colapso del sistema de partidos. Las movilizaciones contra el fujimorismo fueron determinantes en el 2000 y han seguido siendo una estrategia de contención de los abusos de gobernantes locales, regionales y nacionales en temas tan diversos como asignación de recursos, política laboral, concesiones territoriales, política productiva y económica entre otras. Desde luego, la calle no es necesaria o esencialmente democrática: también es escenario de prácticas anti-democráticas y de extrema violencia (como en el caso de llave en Puno en que las protestas condujeron al asesinato público y masivo del alcalde Cirilo Robles) o de esfuerzos por recortar derechos y ejercer control sobre ciertos grupos de personas (como en el caso de la mal llamada Marcha por la Vida). La calle es también espacio de prácticas cada vez más autoritarias y represivas de gobiernos intolerantes con el disenso y la diferencia y también espacio ignorado e invisibilizado por el escenario de los medios. Aun así, en estas elecciones, la calle se constituyó en una tercera arena con sus propios actores -principalmente pero no solo jóvenes-, dinámica –protestas callejeras que intentan articular una movilización nacional- alrededor de una meta: impedir la llegada del fujimorismo al gobierno. Las sucesivas protestas contra Keiko Fujimori fueron reiteradas, fuertes y a nivel nacional, y constituyen el factor decisivo para su derrota en la segunda vuelta, a contracorriente de las dinámicas instituidas tanto en el escenario institucional como el mediático.

A pesar de la fuerza que el escenario de “la calle” es capaz de adquirir en situaciones de antagonismo claro, es importante señalar que no homogeniza ni

genera identidades políticas estables y duraderas, al menos no en el caso peruano. La calle es un espacio que alberga a una multiplicidad de actores sociales politizados cuyas diferencias entre sí son notables.

Si algo hemos aprendido en las últimas décadas viendo la Marcha de los Cuatro Suyos, el Arequipazo, Tambogrande, la Marcha nacional por el Agua, la lucha contra la repartija y la protesta contra la Ley que quería hacer pulpines a l@s jóvenes, es que cuando el objetivo es impedir una acción claramente percibida como anti-democrática la gente suma. No es todo lo que se necesita para volver la política democrática pero sí es importante para impedir el secuestro del sistema político.

No es casual que la calle haya logrado constituirse en un escenario importante de los procesos electorales. El fenómeno político más notable en lo que va del siglo XXI es la institucionalización de la conflictividad social en la política peruana. Las protestas en las calles, las huelgas, los plantones, los bloqueos de carreteras, las performances e intervenciones públicas, son prácticamente cosa de todos los días en Lima, en las ciudades más importantes del país, y también en pueblos y espacios rurales. Por cerca de dos décadas y a nivel nacional las protestas organizadas por una pluralidad de grupos de la sociedad con demandas de diverso tipo se han hecho sentir con fuerza. Son parte de la escena política y han dejado de ser un fenómeno para convertirse en un rasgo característico de nuestra forma contemporánea de hacer política.

El Estado peruano ha aceptado la existencia de esta forma conflictiva de relación entre Estado y sociedad al crear instituciones y procedimientos encargados de gestionar la conflictividad social, tales como los informes mensuales sobre conflictos sociales de la Defensoría del Pueblo, los documentos y acciones estratégicas de la Oficina del Diálogo y Sostenibilidad de la Presidencia del Consejo de Ministros, y la formación constante de “mesas de diálogo” y espacios de concertación para el manejo de conflictos.

La conflictividad social puede ser entendida como una expresión de expectativas democráticas generadas por un proceso de cambio de régimen (en nuestro caso, la transición democrática del 2000) que reclamaba refundar la política para hacerle espacio y darle voz de manera directa a quienes –en términos amplios– no suelen ser considerados interlocutores válidos de los agentes políticos. En ese sentido, la conflictividad social plantea el inmenso reto de la auto-representación política y el cuestionamiento directo de los canales establecidos de manera institucional para la intermediación política (Ilizarbe 2013, 2016).

Quince años después de la transición política pero no económica, mayores niveles de PBI no han significado la reducción significativa de las distintas brechas de desigualdad que caracterizan a la sociedad peruana. El descontento ha crecido y el cuestionamiento del modelo económico también, con lo que se hace patente el desacuerdo en temas importantes y de fondo que sin embargo sucesivos gobiernos se niegan a poner en discusión. Cada vez más el desacuerdo es tomado por los gobiernos como un peligro, con lo que se ha ido instituyendo en el Estado una práctica autoritaria en relación a grupos de la sociedad que quieren manifestar su desacuerdo con las políticas gubernamentales e incidir en la toma de decisiones.

En un país con partidos políticos realmente existentes podríamos pedir que estas demandas se canalicen a través de estas instituciones. Pero como lo que tenemos son más bien organizaciones que solo agregan intereses particulares y privados para ganar elecciones y beneficiarse de ello, a los sectores sociales marginados del poder, que no tienen dinero para contratar lobistas, o que no tienen redes personales en los gobiernos, no les queda otra que asumir su propia representación desde la calle, organizándose para la acción colectiva.

En el caso peruano, se puede plantear que ya no hay tanta tolerancia con la democracia delegativa sino que más bien se percibe una intolerancia de las políticas que se consideran negativas. Se busca influir directamente en las

decisiones políticas y se tiene conciencia de que la fuerza de la movilización social puede constituirse en un poder de veto para enfrentar a los gobernantes. Esto ha sido bastante claro en conflictos en los que grupos de la sociedad organizada lograron hacer retroceder a los tres presidentes democráticos del siglo XXI en decisiones que éstos trataron infructuosamente de imponer. Los casos del llamado *Arequipazo* y Tambogrande durante el gobierno de Alejandro Toledo, del llamado *Baguazo* durante el gobierno de Alan García; y de los conflictos por los proyectos Conga y Tía María durante el gobierno de Ollanta Humala, son paradigmáticos y no son los únicos. Pedro Pablo Kuczynski enfrentará con seguridad también los suyos.

3. Actores y posibilidades de articulación

¿Cómo se perfila el vínculo entre instituciones políticas y actores sociales politizados, en el contexto de la construcción-defensa de la democracia? ¿Quiénes son los principales actores sociales y cuáles sus dinámicas? ¿Cuáles son los actores sociales que pueden fortalecer el vínculo democrático con el estado? ¿Contribuyen o no, y de qué manera, a ampliar el espacio público-político?

Es importante recalcar que el escenario de la conflictividad social es complejo porque involucra diversos actores, estrategias y demandas que tienen en común el cuestionamiento directo a representantes del Estado, por asuntos que les afectan directamente. En general, se trata de acciones organizadas desde la sociedad que expresan desacuerdo en relación a alguna decisión o política de Estado buscando incidir directamente en su modificatoria o cancelación. Bajo estas características generales encontramos una pluralidad de manifestaciones que no pueden “sumarse” fácilmente porque tienen diferencias importantes entre sí. A veces se trata de organizaciones sociales que levantan demandas puntuales, a nivel local, y tratan de resolverlas con las autoridades respectivas a ese nivel. Este es el caso de cientos de protestas a nivel distrital dirigidas a

alcaldes por demandas de diverso tipo, cuyo número fue mayoritario en el período inicial posterior a la transición democrática (Remy 2005, Garay y Tanaka 2009, Arce 2011). A veces se trata de organizaciones sociales que se van articulando progresivamente a nivel regional y alcanzan luego capacidad de incidir en autoridades y representantes a nivel regional y nacional. Este es el caso de conflictos como los de Tambogrande entre el 2000 y 2003 (Paredes 2008), y La Oroya entre 1997 y 2006 (Scurrah, Lingán y Pizarro 2008) que han logrado articular un movimiento regional e incidir en la opinión pública nacional e internacional, logrando la atención de los medios masivos de comunicación y el gobierno central. Y a veces se trata de movimientos sociales que tienen una historia y una identidad reconocible, así como una agenda y un repertorio visibles. Este es el caso del movimiento indígena, del movimiento feminista, del movimiento de Derechos Humanos, del movimiento sindical, y más recientemente del movimiento ambiental. Como han señalado Bebbington, Scurrah y Bielich estos movimientos sociales tienen distintas temporalidades en la historia del país y en la actualidad algunos son más fuertes y visibles que otros. Asimismo, tienen objetivos, estrategias y discursos distintos, pero comparten el reclamo de tener mayor participación política en las decisiones que afectan a sus miembros reivindicando en el fondo mayor espacio para la democracia participativa (Bebbington, Scurrah y Bielich 2011, 147).

También hay tensiones internas importantes ⁶ a tomar en cuenta pues constituyen retos para la articulación política y organización de alternativas de mayor envergadura. Todas estas tensiones están vinculadas a la hegemonía del neoliberalismo, a la crisis de las formas de representación y organización que organizaron la práctica política hasta fines del siglo XX, y a las dificultades para generar proyectos políticos y económicos alternativos. De otro lado, las tensiones también apuntan a la posibilidad y la expectativa por generar nuevas

⁶ La descripción de las tensiones se elabora en base a una conversación con jóvenes participantes en movimientos sociales y protestas contemporáneas, organizada en la Coordinadora de Derechos Humanos el jueves 19 de enero del 2017 para discutir una versión preliminar de este texto.

prácticas y proyectos políticos, al deseo de construir alternativas. Aunque a veces pueda parecer que no se avanza y solo se resiste, que a pesar de las luchas el neoliberalismo avasalla, y que el sistema coopta e incorpora incluso a sus antagonistas es importante pensar en lo que el rol que la desestabilización juega en el ejercicio del poder. Como ha planteado Judith Butler (2006) retomando el trabajo de Michel Foucault sobre la gubernamentalidad, el poder es fundamentalmente un ejercicio, una práctica que se desarrolla en múltiples espacios y situaciones, que debe reproducirse constantemente tanto en los espacios centrales como las instituciones, como en los espacios marginales y más informales. Esa práctica cotidiana es la que “hace” o construye el poder, pero en esa dinámica puede también “des-hacerse” cuando se desestabiliza, cuando se visibiliza, cuando se cuestiona, cuando se transgrede y cuando se reinventa apuntando en otra dirección.

A continuación un esbozo de algunas tensiones importantes:

- Espontaneidad – organización: la fuerza de la espontaneidad que en un momento puede hacer a los participantes de una protesta alterar la ruta de una marcha y dirigirse a un centro simbólico e invisibilizado de ejercicio del poder (la CONFIEP durante la marcha por los derechos laborales de las y los jóvenes) entra en tensión con la necesidad de organizar, planificar, estructurar las acciones públicas. Desde otro ángulo esta tensión también refiere a la reacción contra lo instituido y a veces lo institucionales, que sin embargo no cancela el interés por ciertos niveles, o nuevas formas de institucionalidad.
- Horizontalidad – verticalidad: el deseo de construir formas de organización horizontal que correspondan a una nueva forma de hacer política, ya no jerárquicamente ni tan individualistamente, entra en tensión con las formas aprendidas de hacer política (nuestra cultura política si se quiere) y con la necesidad de tener liderazgos visibles o vocerías en

algunas circunstancias. También es en parte que no se sabe cómo desarrollar estructuras no jerárquicas, horizontales.

- Individualidad – comunalidad: como sujetos del neoliberalismo seguimos las tendencias a la fragmentación y recelamos de formas de masificación que cancelen nuestras particularidades; a la vez sabemos que solo articulando y trabajando colectivamente se podrá lograr un cambio. El balance entre las reivindicaciones propias y la importancia del espacio colectivo que a veces toma prioridad hacen difícil construir espacios más permanentes que reclaman mayor compromiso del que se quiere o puede dar.
- Emancipación – Inclusión: dentro de las luchas por resistir y hacer frente a las acciones estatales se entrecruzan demandas formuladas muy conscientemente como emancipadoras frente al neoliberalismo (por ejemplo las protestas contra el TPP) y otras que pueden ganar fuerza en base a reclamos de inclusión en el sistema (por ejemplo las protestas por los derechos laborales de las y los jóvenes).

En conjunto el fenómeno de la politización de la sociedad que se observa en el Perú desde fines del siglo XX puede ser comparado con lo que Verónica Gago - retomando a Partha Chatterjee - define como espacio de disputa política en la que los gobernados **resisten a la vez que se inscriben en la racionalidad gubernamental del neoliberalismo**. En este contexto se aceptan ciertos límites de lo que significa hacer política, se desarrollan acciones dentro de ciertos marcos regulatorios de expresión y formulación de demandas definidos por el estado, pero a la vez se rebasan esos límites para poder hacer política porque los marcos regulatorios definidos por el estado no permiten el desacuerdo y subalternizan en sus prácticas a los gobernados (Gago 2015, 311-3). Tomada en conjunto, la sociedad politizada es ambivalente en relación al neoliberalismo.

En el conjunto diverso de actores sociales que entran a la esfera de la participación política desde los márgenes de lo instituido, las y los jóvenes tienen

un rol protagónico y tratan de impulsar formas de liderazgo que contrastan con estilos más tradicionales, personalistas y jerárquicos. Quieren marcar diferencia con formas de representación y liderazgo más tradicionales, en las que hay un culto a la personalidad, liderazgos “naturales”, representantes que se eternizan en sus cargos, que centralizan y no delegan. Esa forma de liderar no solo es visible en la política, también en lo social. Por eso insisten en desarrollar una nueva forma de organización más horizontal, anónima, con liderazgos que no se dejan notar para proyectar públicamente la imagen de un grupo organizado horizontalmente. Se denominan “colectivos” y reivindican la acción y el momento de la articulación como lo definitorio de su identidad: lo suyo es “activar” cuando es necesario, no forjar organizaciones, programas, instituciones. Se constituyen en una fuerza para la resistencia, más que para la acción política propositiva ejerciendo un poder de veto efectivo que no busca involucrarse como actor protagónico del ejercicio del poder. El colectivo No A Keiko (NAK) es un buen ejemplo de un movimiento que se constituye como una plataforma capaz de agrupar desde organizaciones sociales bien establecidas hasta colectivos e individuos alrededor de una campaña con un mensaje nítido y un antagonista bien identificado (Fernandez-Maldonado y Navarro 2016). Un núcleo impulsor articula organizaciones, colectivos e individuos, estilos tradicionales y novedosos, combinando lo espontáneo con la organización, y discursos bien establecidos con nuevas demandas. Es interesante resaltar que realizan un trabajo de recuperación de la memoria política en un contexto de silenciamiento y olvido promovido por los actores de los escenarios mediático e institucional, a través las nuevas tecnologías y el lenguaje audiovisual gracias a los cuales pueden conectar y articular acciones simultáneas con rapidez e incluso de verse reflejados en otras experiencias similares en otras partes del mundo (Castells 2012).

Sin embargo, y como se ha señalado ya, plataformas como NAK se posicionan como actores de resistencia más que como actores con capacidad de generar apuestas alternativas. No se trata de subestimar la importancia política de los

movimientos de resistencia, pero sí de ponderar su capacidad y las posibilidades de formas de articulación política mayor que permitan desarrollar planteamientos y propuestas fuertes que disputen el poder establecido y no solo lo desestabilicen. Estas no son tareas sencillas considerando que la pluralidad que encontramos en la sociedad politizada tiene que ver tanto con tipos diversos de sujetos políticos, estrategias y dinámicas de acción, y demandas y agendas particulares.

Otro ejemplo importante de acciones de resistencia de envergadura es el de la articulación pública para posicionar y exigir justicia en el caso de las esterilizaciones forzadas durante el fujimorismo. En este caso se trata de una campaña de largo aliento que logró vincular a un conjunto diverso de actores sociales alrededor de una causa invisibilizada por años. La campaña logró articular asociaciones de víctimas, organismos no gubernamentales y plataformas de acción como la CNDDHH en un proceso tenso, a veces fragmentado y con estrategias disímiles (Ballón 2014). Los esfuerzos por sumar no siempre fueron exitosos, pero aun así se logró posicionar el tema en la agenda pública, impulsar las judicializaciones, convocar a un público más amplio y sensibilizar a la ciudadanía e incluso, de manera indirecta, sentar en parte las bases para la gran movilización #NiUnaMenos organizada en el 2016. Al igual que NAK, la resistencia frente al caso de las esterilizaciones forzadas ha impulsado procesos de reconstrucción de la memoria política que juegan un rol importante en la construcción de la identidad ciudadana.

En el Perú en algunos lugares se ha optado por llegar a la representación política. Los conflictos por proyectos mineros en Tambogrande y Tintaya revelan que luego de varios años en la disputa por el territorio, el agua y la autonomía se tomó la decisión de prepararse para integrar el estado a nivel de gobierno local. Estos procesos han sido obstaculizados por la re-centralización del Estado, siendo el caso de Gregorio Santos en Cajamarca emblemático de autoridades sancionadas y criminalizadas por apoyar demandas sociales, aunque ciertamente no el único.

4. Agendas y dinámicas de participación política

Las y los protagonistas de las protestas no han dejado de ser un conjunto plural que no puede resumirse ni promediarse. Precisamente en contra de la idea del “votante promedio”, los sujetos políticos de la calle no se expresan unitariamente, como “pueblo”, ni responden a liderazgos articuladores como en los populismos de antaño (Laclau 2005). En el caso peruano, Fujimori fue el último líder populista exitoso, los que lo siguieron en el gobierno y liderando organizaciones que compiten en elecciones no han sido capaces de convocar afectos y lealtades y más bien parece haberse instalado una desconfianza muy fuerte respecto a los líderes que hace difícil construir movimientos liderados por individuos que asumen no solo la conducción de los movimientos sino que se sienten y son reconocidos como sus representantes. Quienes participan en movimientos y protestas se mantienen distantes de los líderes y las organizaciones expresando desconfianza a la vez que afirmando su intención de actuar e incidir en el espacio político.

Otros conceptos para pensar los sujetos políticos democratizadores o de la democracia, similares en cierta forma al concepto de “pueblo” y la idea del populismo son los conceptos de “masa” más bien vinculado a la tradición marxista, y el concepto de “sociedad civil” vinculado a la democracia deliberativa. Rápidamente se puede anotar que el concepto de “masa” cancela la individualidad, la diferencia y presupone un vínculo también jerárquico y una división del trabajo (unos piensan y dirigen, otros hacen) con quienes lideran. El concepto de sociedad civil pone el acento en la deliberación, el acuerdo y la organización pero plantea formas de acción intermediada en la que quienes participan en las deliberaciones y formulación de propuestas no deciden, no participan del gobierno; así se reproduce la lógica de la delegación del poder que tanto se critica hoy en la democracia representativa.

Quizás este sujeto político colectivo se entiende mejor desde la idea de **multitud**⁷, un sujeto polifónico, articulado desde la conciencia de la necesidad de actuar concertadamente sin fusionarse. La multitud se articula alrededor de demandas nítidas pero también a través de un conjunto de emociones que incluyen la alegría, la esperanza, la indignación y la rabia expresadas en los cantos, los bailes, los saltos, los gritos, las caminatas colectivas de horas, los lemas, las pancartas, los muñecones y banderolas con los que participan colectivos, familias, jóvenes, adultos, ancianos, organizaciones de la sociedad civil e individuos que simplemente se unen a las grandes movilizaciones. Muy en línea con la lectura pos-hegemónica de Jon Beasley-Murray (2010), la multitud se constituye como un sujeto abierto, contiguo, comunal y continuo; no como un pueblo organizado o una masa indiferenciada. En la calle no hay un actor o un sujeto político único, es más bien una pluralidad de actores que además aparecen circunstancialmente en algunos casos o permanecen y buscan consolidarse identitariamente en otros. En las calles vemos por años al movimiento indígena amazónico, a veces logrando apoyo nacional pero muchas veces sin él; y vemos también a grupos de jóvenes sostener protestas hasta lograr un objetivo político definido como la derogatoria de llamada “Ley Pulpín” y luego desmovilizarse. En la calle se expresa el poder colectivo que se afirma visibilizándose y haciéndose escuchar, afirmando una voluntad de lucha circunstancial que no necesariamente se sostiene más allá de la circunstancia que la origina.

La marcha #NiUnaMenos es un ejemplo importante de expresión multitudinaria alrededor de un sentido común que se reclama y se siente universal, o por lo

⁷ Dice Aristóteles, en el Capítulo VI (De la Soberanía) en su libro *Política*: “Atribuir la soberanía a la multitud, antes que a los hombres distinguidos, que están siempre en minoría, puede parecer una solución equitativa y verdadera de la cuestión, aunque no resuelva todas las dificultades. Puede, en efecto, admitirse que **los muchos, que tomados separadamente no son hombres excelentes, pueden sin embargo ser mejores que esos pocos cuando se juntan, pueden ser mejores tomados colectivamente y no individualmente**; a la manera que una comida a la que muchos contribuyen es mejor que la que da una persona a sus expensas. Pues siendo muchos, cada cual tiene su parte de virtud y de sabiduría práctica, y **cuando se juntan, la multitud es como un solo ser humano, con muchos pies, manos, sentidos, y así también en cuanto a su carácter y sabiduría.**”

menos con capacidad de apelar ampliamente a actores sociales e incluso institucionales diversos. Contra lo que suele suceder con las protestas, esta sí tuvo cobertura mediática y titulares, incluso antes de producirse. Logró apoyo explícito de importantes instituciones y autoridades del Estado y de la sociedad civil, de los medios y hasta de empresas que se apresuraron a colocar sus logos cerca del fenómeno social más importante del año. Quienes se oponían fueron bajando el volumen a sus críticas y quedaron como un puñado de personas y grupos desfasados, desenfocados. La protesta empezó a dar frutos aun antes de producirse. ¿De dónde salió y cómo ha sido posible todo esto?

Empezó con la indignación frente a la enésima sentencia judicial exculpatória que institucionalizaba el despojo de derechos fundamentales de las mujeres. Se sostuvo en la rabia por la legitimidad que tienen en nuestra sociedad la violencia sexual y el feminicidio expuestos en fotos, titulares y reportajes televisivos que los normalizan como actos aislados, nunca como el cáncer social endémico que son. Creció con las arcadas que produce reconocer que vivimos en la violencia porque el abuso, el maltrato y la violencia están inscritos en la cotidianidad y en todos los grupos sociales. Y cristalizó con la solidaridad, con el re-conocimiento y la memoria hecha palabra, con la escucha y el abrazo virtual, con las lágrimas compartidas, con la garganta hecha un nudo y los puños cerrados. La certeza de ser miles y millones permitió pasar de la impotencia solitaria y silenciosa al grito colectivo y público que afirma la decisión de cambiar las cosas, de remover instituciones y comportamientos, los sentidos comunes y hasta la imaginación. La marcha fue multitudinaria, la más grande que hayamos visto, congregando a millones de mujeres en todo el país y también a varones y familias enteras, y a organizaciones diversas que hoy querrán decir en voz alta que la violencia contra las mujeres debe terminar.

De otro lado, internamente se desarrollaron fuertes tensiones entre distintos grupos que pugnaban por hacer prevalecer sus demandas particulares. Mientras algunas querían visibilizar formas de violencia estructural vinculadas al modelo económico y no solo al patriarcado, otras querían hacer prevalecer un mensaje

simple que permitiera convocar a muchas más personas e instituciones. Las disputas se organizaron a alrededor de tensiones entre identidades de clase, etnicidad, identidad de género y adscripción política. Aunque se intentó colectivizar el liderazgo con varias personas haciendo de voceras, no se logró visibilizar la complejidad y diversidad de los grupos e individuos, y sus demandas, al interior de la impresionante multitud que marchó bajo el lema #NiUnaMenos. Este tipo de acciones con gran poder de convocatoria plantean múltiples retos, pero quizás el más significativo es el que tiene que ver con la dinámica de la hegemonía, la cual es más fuerte cuanto mayor capacidad de extensión del mensaje tiene; a la vez, para extenderlo más hay que simplificarlo al máximo y eso obliga a excluir sentidos y contenidos que algunas y algunos resultan centrales. Así, tenemos la paradoja de que la construcción de un sentido potente porque alcanza a mucha gente implica procesos de reducción y hasta exclusión de ciertas demandas y actores. Este proceso de ampliación de la articulación y reducción del sentido/contenido de las demandas suele afectar a quienes son más marginales y radicales en el *status quo*.

A pesar de todo, es importante afirmar la fuerza de la capacidad reactiva y la intención participativa de miles— si no millones- de personas, y la capacidad propositiva y organizativa que se requiere para generar cambios profundos, a distintos niveles. Hay un importante avance en la generación de una conciencia ciudadana que se expresa en la protesta, pero que sin embargo no es suficiente para constituirse en una alternativa política de envergadura.

5. Recomendaciones

(Esta sección aun muy en borrador, con cargo a conversar con ustedes).

En base a los temas y retos identificados quisiera plantear que en los próximos años hay tareas importantes a desarrollar para el fortalecimiento de las capacidades ciudadanas, la organización de movimientos y distintas formas de

agrupación socio-política, el manejo de los desacuerdos y discrepancias sin que signifiquen antagonismos existenciales y rupturas, y el desarrollo de un discurso crítico y reflexivo capaz de tomarle el pulso a la coyuntura, el contexto y el tiempo histórico.

Algunas ideas sueltas son:

- Reconstruir los procesos y las historias de los movimientos, colectivos, frentes, plataformas, etc. para visibilizarlos como espacios de lucha y construcción de sentido dándoles reconocimiento y legitimidad.
- Analizar críticamente los procesos de lucha para aprender de ellos. Es importante saber qué resulta, cuándo, y por qué; entender las circunstancias, ponderar errores y aciertos. Eso enseñará también a leer mejor coyunturas futuras.
- Pensar seriamente en las tensiones internas que atraviesan a los movimientos y organizaciones y considerar a fondo la importancia de asumir el desacuerdo como la expresión y la oportunidad de desarrollar una praxis democrática.
- Estudiar/conocer los escenarios y actores en los que se juega la política hoy: instituciones, medios, la calle.
- Estudiar/debatir con quienes vienen haciendo un esfuerzo en el Perú y otros lugares por repensar las posibilidades del proyecto anti-neoliberal.

Bibliografía

Arce, Moisés. "La repolitización de la acción colectiva tras el neoliberalismo en el Perú" en Debates en Sociología N° 36, 2011, pp. 57-83

Ballón, Alejandra. "El caso peruano de esterilización forzada. Notas para una cartografía de la resistencia" en Aletheia, volumen 5, número 9, octubre 2014. ISSN 1853-3701. Disponible en: <http://www.aletheia.fahce.unlp.edu.ar/numeros/numero-9/pdfs/Ballon-ok.pdf>

Beasley-Murray, Jon. *Poshegemonía*. Buenos Aires: Paidós, 2010

Bebbington, Anthony; Scurrah, Martin; Bielich, Claudia. *Los Movimientos sociales y la política de la pobreza en el Perú*. Lima: Instituto de Estudios Peruanos – Centro Peruano de Estudios Sociales – Grupo Propuesta Ciudadana, 2011

Brown, Wendy. *Undoing the Demos*. New York: Zone Books, 2015

Brown, Wendy. "American Nightmare: Neoliberalism, Neoconservatism, and De-Democratization" en Political Theory, Vol. 34, No. 6 (Dec. ,2006) pp. 690-714.

Butler, Judith. *Deshacer el género*. Barcelona: Paidós, 2006.

Butler, Judith: "Cuerpos en alianza y la política de la calle" en *Revista Transversales*, número 26 - junio 2012. Disponible en: <http://www.transversales.net/t26jb.htm>

Cameron, Maxwell A. y Eric Hershberg. *Latin America's Left Turns: Politics, Policies and Trajectories of Change*. USA: Lynne Rienner Publishers, 2010.

Castañeda, Jorge G. y Marco A. Morales. "El estado actual de la utopía" en Jorge G. Castañeda y Marco A. Morales (editores) Lo que queda de la Izquierda: Relatos de las izquierdas latinoamericanas. México: Taurus, 2010, pp. 17 – 36.

Castells, Manuel. *Redes de Indignación y Esperanza. Los Movimientos Sociales en la Era de Internet*. Madrid: Alianza Editorial, 2012

Coronil, Fernando. "The Future in Question: History and Utopia in Latin America (1989 – 2010) en Craig Calhoun and Georgi Derluigian (editors) Business as usual: The Roots of the Global Financial Meltdown. New York: New York University, 2011, pp. 231 – 292.

Cotler, Julio y Grompone, Romeo. *El Fujimorismo. Ascenso y Caída de un Régimen Autoritario*. Lima: Instituto de Estudios Peruanos, 2001

Crabtree, John. "Neopopulismo y el fenómeno Fujimori" en John Crabtree y Jim Thomas (editores). *El Peru de Fujimori*. Lima: Universidad del Pacífico e Instituto de Estudios Peruanos, 2000

CROUCH, Colin. *Coping with post-democracy*. Disponible en: <http://www.fabians.org.uk/wpcontent/uploads/2012/07/Post-Democracy.pdf>

De Sousa Santos, Boaventura (coordinador). *Democratizar la democracia. Los caminos de la democracia participativa*. México, FCE, 2004

Degregori, Carlos Iván. *La Década de la Antipolítica. Auge y Huida de Alberto Fujimori y Vladimiro Montesinos*. Lima: Instituto de Estudios Peruanos, 2001

Escalante, Fernando. *Historia mínima del neoliberalismo*. Lima: La siniestra ensayos, 2016

Fernandez- Maldonado, Enrique y Diego Alberto Navarro. "¿Protestas o movimientos sociales? Los casos de *Keiko No Va* y *Peruanos contra el TPP*" en Perú Hoy. Lima, DESCO 2016, pp. 157 – 173

Francke, Pedro. "Un milagro no fue suficiente" En *Pobreza, desigualdad y desarrollo en el Perú, Informe anual, 2008/2009*. Oxfam Internacional, 2010, pp. 28-39

Gago, Verónica. *La razón neoliberal. Economías barrocas y pragmática popular*. Buenos Aires: Tinta Limón, 2015

Garay, Carolina y Tanaka Martín. "Las protestas en el Perú entre 1995 y 2006" en Romeo Grompone y Martín Tanaka (editores) *Entre el crecimiento económico y la insatisfacción social. Las protestas en el Perú actual*. Lima: Instituto de Estudios Peruanos, 2009, pp. 59 - 123

Gonzales de Olarte, Efraín. "Neoliberalismo y el péndulo de largo plazo" en Francisco Chamberlain (editor) *Neoliberalismo y desarrollo humano. Desafíos del presente y del futuro*. Lima: Instituto de Ética y Desarrollo de la Escuela Superior Antonio Ruiz de Montoya, 1998, pp. 15 – 34

Gudynas, Eduardo. "Diez Tesis Urgentes sobre el Nuevo Extractivismo. Contextos y demandas bajo el progresismo sudamericano actual" en Extractivismo, política y sociedad", varios autores. Quito, Ecuador: CAAP (Centro Andino de Acción Popular) y CLAES (Centro Latino Americano de Ecología Social), 2009, pp. 187 – 225.

Ilizarbe, Carmen; "Protestas y transición democrática en el Perú de inicios del siglo XXI: una propuesta analítica" En Revista Silex. Revista Interdisciplinaria de la Universidad Antonio Ruiz de Montoya. N° 1. Lima 2013a, pp. 127 – 145

Ilizarbe, Carmen. “Autorrepresentación y desacuerdo: Estado y conflictividad social en el Perú” en Romeo Grompone (editor) *Incertidumbres y distancias. El controvertido protagonismo del Estado en el Perú*. Lima: Instituto de Estudios Peruanos, 2016, pp. 379 – 402

Laclau, Ernesto. “Populism. What’s in a name?” en Francisco Panizza (editor) Populism and the Mirror of Democracy, London: Verso, 2005, pp. 32 – 49

Paredes, Maritza, “El caso Tambogrande” en Martín Scurrah (editor) *Defendiendo Derechos y Promoviendo Cambios. El Estado, las Empresas Extractivas y las Comunidades Locales en el Perú*. Lima, OXFAM Internacional – Instituto del Bien Común – Instituto de Estudios Peruanos, 2008, pp. 269 - 300

Pease García, Henry. *La autocracia Fujimorista. Del Estado intervencionista al Estado Mafioso*. Lima: Fondo Editorial de la Pontificia Universidad Católica del Perú y Fondo de Cultura Económica, 2003

Remy S, María Isabel; *Los Múltiples Campos de la Participación Ciudadana en el Perú. Un Reconocimiento y algunas reflexiones*. Lima: Instituto de Estudios Peruanos, 2005

Rosanvallon, Pierre, *La sociedad de los iguales*. Barcelona: RBA Libros, 2011

Rousseau, Stéphanie. *Mujeres y ciudadanía. Las paradojas del neopopulismo en el Perú de los noventa*. Lima: Instituto de Estudios Peruanos, 2012

Sassen, Saskia. Expulsiones. Brutalidad y complejidad en la economía global. Argentina: Rústica, 2015

Scurrah, Martín; Lingán, Jeannet; Pizarro, Rosa. “El caso de la Oroya” en Martín Scurrah (editor) *Defendiendo Derechos y Promoviendo Cambios. El Estado, las Empresas Extractivas y las Comunidades Locales en el Perú*. Lima, OXFAM Internacional – Instituto del Bien Común – Instituto de Estudios Peruanos, 2008, pp. 69 – 135

Tilly, Charles. “Inequality, democratization and de-democratization” en *Sociological Theory*; Mar 2003; 21, 1; ProQuest Central. Pp. 37-43

Vargas, Virginia. *Feminismos en América Latina, su aporte a la política y a la democracia*. Lima: Centro Flora Tristán, 2008